

EDGAR ALLAN POE



ISMAEL PINTENO



LA CAÍDA DE LA CASA
USHER

&

LA VERDAD SOBRE EL CASO DEL SEÑOR

VALDEMAR

minotauro *ilustrados*

EDGAR ALLAN POE  ISMAEL PINTENO

LA CAÍDA DE LA CASA
USHER

— & —

LA VERDAD SOBRE EL CASO DEL SEÑOR
VALDEMAR

minotauro *ilustrados*

La caída de la Casa Usher & La verdad sobre el caso del señor Valdemar

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2025 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Ilustraciones de © Ismael Pinteño Visuara, 2025
Maqueta y revisión de dtm+tagstudy
Traducción de *La caída de la Casa Usher* de © Gabriela Bustelo, 2007, 2025
Traducción de *La verdad sobre el caso del señor Valdemar* de © Daniel Casado Rodríguez, 2025

ISBN: 978-84-450-1954-2
Depósito legal: B. 978-2025
Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros



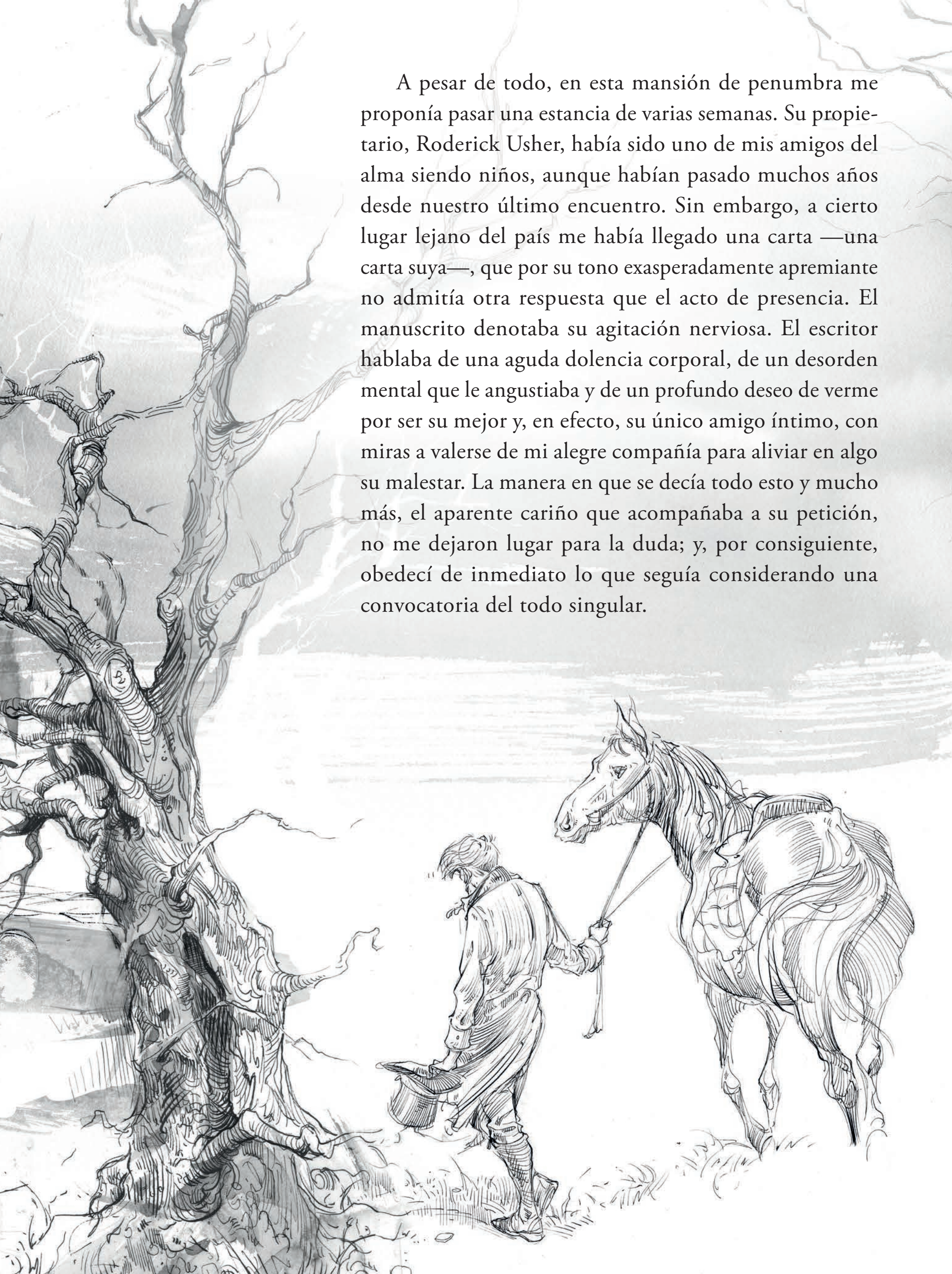
LA CAÍDA DE LA CASA
USHER



En el otoño del año, cuando las nubes pendían bajas en un cielo bochornoso, había pasado todo un día triste, oscuro y silente montando a caballo, solo, por una parte del país singularmente lúgubre, y al acercarse las sombras de la noche por fin vislumbré la melancólica Casa Usher. No sé cómo fue, pero apenas vi el edificio una sensación de tristeza insoportable invadió todo mi ser. Digo insoportable porque no la aliviaba siquiera ese sentimiento, en parte agradable por lo poético, con que la mente suele recibir incluso las más adustas imágenes naturales de lo desolado o lo terrible. Miré la escena que tenía ante mí —la propia casa y los rasgos sencillos del paisaje de la región, los muros yermos, las ventanas como ojos vacíos, las escasas juncias crespas, los troncos dispersos de árboles podridos— con una depresión del ánimo tan grande que no puedo compararla adecuadamente a ninguna sensación terrena más que al despertar del trasnecedor aficionado al opio, a ese amargo regreso a la vida cotidiana, esa atroz caída del velo. Era una frialdad, un decaimiento, una pesadumbre en el corazón, un insalvable desconsuelo de la mente que ningún acicate de la imaginación podía trocar en forma alguna de lo sublime. ¿Qué era —me detuve a pensar—, qué era lo que tanto me perturbaba en la contemplación de la Casa Usher? Se trataba de un misterio del todo insoluble; pero no lograba contener las tenebrosas fantasías que me invadían mientras cavilaba. Me vi obligado a recurrir a la insatisfactoria conclusión de que si bien existen indudablemente combinaciones de objetos naturales muy simples que tienen el poder de afectarnos así, el análisis de dicho poder se halla entre las consideraciones que quedan fuera de nuestro alcance. Era posible, reflexioné, que una diferencia en la mera disposición de los elementos de la escena, de los detalles del cuadro, fuera suficiente para modificar o quizá incluso anular su capacidad de suscitar una impresión desoladora; y, apoyándome en esta idea, guié a mi caballo hasta la escarpada orilla de un lago negro y ominoso que reposaba su brillo imperturbable junto a la casa; pero con un estremecimiento aún más sobrecogedor que antes, posé la mirada sobre la imagen reflejada e invertida de la juncia gris, y los troncos fantasmagóricos, y las ventanas como ojos vacíos.



A pesar de todo, en esta mansión de penumbra me proponía pasar una estancia de varias semanas. Su propietario, Roderick Usher, había sido uno de mis amigos del alma siendo niños, aunque habían pasado muchos años desde nuestro último encuentro. Sin embargo, a cierto lugar lejano del país me había llegado una carta —una carta suya—, que por su tono exasperadamente apremiante no admitía otra respuesta que el acto de presencia. El manuscrito denotaba su agitación nerviosa. El escritor hablaba de una aguda dolencia corporal, de un desorden mental que le angustiaba y de un profundo deseo de verme por ser su mejor y, en efecto, su único amigo íntimo, con miras a valerse de mi alegre compañía para aliviar en algo su malestar. La manera en que se decía todo esto y mucho más, el aparente cariño que acompañaba a su petición, no me dejaron lugar para la duda; y, por consiguiente, obedecí de inmediato lo que seguía considerando una convocatoria del todo singular.



Aunque siendo niños habíamos tenido una gran intimidad, lo cierto era que yo sabía bien poco de mi amigo. Tenía por costumbre mostrarse excesivamente reservado. Yo sabía, sin embargo, que su antiquísima familia era conocida desde tiempo inmemorial por una peculiar sensibilidad de temperamento manifestada a lo largo de los años en notables obras de arte, y, más recientemente, en repetidos actos de caridad pródiga pero discreta, así como en una apasionada devoción a los pormenores de la ciencia musical, más que a sus cualidades ortodoxas y fácilmente reconocibles. Conocía también el hecho verdaderamente memorable de que la estirpe de los Usher, por muy consagrada que estuviera, no había generado nunca una rama duradera; en otras palabras, que la familia entera formaba parte de la línea de descendencia directa, cosa que, con variaciones muy transitorias e insignificantes, siempre había sido así. Esta carencia, pensé mientras revisaba mentalmente la perfecta armonía entre el carácter de la propiedad y el carácter atestiguado de sus moradores, especulando sobre la posible influencia de ésta sobre aquéllos a lo largo de tantos siglos, quizá esta carencia de ramas colaterales y la consiguiente transmisión ininterrumpida del patrimonio y el apellido de padre a hijo, hubiera finalmente identificado ambos hasta aunar el nombre antiguo de la finca con el pintoresco y equívoco nombre de Casa Usher, que parecía incluir, para los campesinos que lo usaban, tanto la familia como la mansión familiar.

Ya he dicho que el mero efecto de mi experimento algo pueril —el de mirar en el estanque— había ahondado aquella primera impresión tan peculiar. No cabe duda de que tener conciencia del veloz aumento de mi superstición —¿por qué no llamarlo así?— sirvió sobre todo para acelerar dicho aumento. Tal es, lo sé de antiguo, la paradójica ley de todos los sentimientos que tienen como principio el terror. Y pudo haber sido por esta sola razón que cuando volví a alzar la mirada de la imagen del estanque a la casa propiamente dicha, me vino a la mente una extraña fantasía, tan ridícula, de hecho, que la menciono sólo para mostrar la profunda fuerza de las sensaciones que tanto me angustiaban. Desatada la imaginación, había llegado a creer que la mansión y la finca compartían con la inmediata vecindad una atmósfera propia, una atmósfera que no tenía afinidad alguna con el aire del cielo, sino que brotaba de los árboles carcomidos, de los muros sombríos y del estanque silencioso, un vapor pestilente y místico, denso, pesado, claramente visible y de color plumizo.





Despejando mi espíritu de lo que por fuerza sería un sueño, examiné más detenidamente el verdadero aspecto del edificio. Su principal característica parecía ser una excesiva antigüedad. La decoloración producida por los años había sido enorme. Una capa de hongos diminutos cubría todo el exterior, colgando del alero en una fina maraña. Pero todo aquello no suponía un desmoronamiento excesivo. No había caído parte alguna de la construcción; y parecía haber una misteriosa incongruencia entre la perfecta conjunción de las partes y el deterioro de cada piedra en sí. Me recordaba mucho a esa engañosa robustez de la madera corroída durante años en un sótano abandonado, sin recibir el soplo del aire de afuera. No obstante, quitando este indicio de una importante descomposición, la estructura daba pocas señales de inestabilidad. El ojo de un observador minucioso quizá hubiera reparado en una grieta apenas visible que, extendiéndose desde el tejado del edificio por la fachada, se abría camino pared abajo, en zigzag, hasta perderse en las sombrías aguas del estanque.

Mientras me fijaba en estas cosas, cabalgué por un corto terraplén hasta la casa. Un sirviente que aguardaba tomó mi caballo, y entré en la bóveda gótica del vestíbulo. Desde allí, un criado de andares sigilosos me condujo en silencio por numerosos pasillos oscuros y enrevesados al gabinete de su amo. Mucho de lo que encontré en el camino contribuyó, no sé bien cómo, a avivar los confusos sentimientos que ya he mencionado. Si bien los enseres que me rodeaban —los techos tallados, los sombríos tapices de las paredes, la negrura del ébano de los suelos y los fantasmagóricos trofeos blasonados que resonaban a mi paso— eran elementos a los que, en alguna de sus variantes, yo estaba acostumbrado desde la infancia, y aunque no tardé en reconocer lo familiar que me era todo aquello, me asombraba lo insólito de las fantasías que aquellas imágenes corrientes provocaban en mí. En una de las escaleras me encontré con el médico de la familia. La expresión de su rostro, pensé, era una combinación de astucia mezquina y perplejidad. Muy agitado, se topó conmigo y siguió su camino. El criado abrió una puerta de par en par y me dejó en presencia de su amo.



La habitación en que me hallé era muy grande y espaciosa. Las ventanas largas, estrechas y puntiagudas, se encontraban a una distancia tan grande del suelo de roble negro que eran del todo inaccesibles desde el interior. Unos pálidos rayos de luz carmesí se abrían paso a través de los cristales enrejados y servían para dar suficiente nitidez a los objetos más prominentes que allí había; sin embargo, los ojos procuraban en vano alcanzar los ángulos más lejanos de la estancia, o los huecos del techo abovedado y esculpido. De las paredes colgaban unos cortinajes oscuros y el mobiliario general era abundante, incómodo, antiguo y destartado. Había desperdigados numerosos libros e instrumentos musicales que no lograban dar vivacidad alguna a la escena. Me parecía respirar un aire cargado de tristeza. Una desolación austera, profunda e irremediable lo envolvía y penetraba todo.

Al verme entrar, Usher se levantó de un sofá donde había estado tumbado cuan largo era y me recibió con un entusiasmo cordial que tenía mucho, pensé en un principio, de cordialidad excesiva, del esfuerzo obligado del hombre de mundo ya *ennuyé*. Una mirada a su rostro, sin embargo, me convenció de su absoluta sinceridad. Nos sentamos y, durante unos instantes, mientras estuvo sin hablar, lo observé con una mezcla de compasión y asombro. ¡Nunca jamás se había visto cambiar tanto un hombre, en tan poco tiempo, como Roderick Usher! Tuve que esforzarme para hacer coincidir la identidad del macilento ser que tenía delante con la del compañero de mi temprana mocedad. Aun así, el carácter de su rostro había sido siempre extraño. Una tez cadavérica; ojos grandes, líquidos e incomparablemente luminosos; labios más bien finos y muy pálidos, pero con una curvatura asombrosamente bella; la nariz delicada, de tipo hebreo, aunque con una anchura de fosa poco común en modelos similares; un mentón bien torneado que revelaba, por su falta de prominencia, la falta de convicción moral; el cabello de una suavidad y delicadeza casi mayor que la seda; todos estos rasgos, junto con el enorme tamaño de la región frontal, constituían un semblante difícil de olvidar. Pero ahora, la mera exageración del carácter esencial de esas facciones y de su expresión habitual habían producido un cambio tan grande que llegué a dudar de con quién hablaba. La ya fantasmagórica palidez de la piel y el extraordinario brillo de los ojos fueron lo que más me asombró e incluso sobrecogió. Además, el pelo sedoso crecía a su antojo y parecía flotar más que caer en torno a la cara, por lo que, dada su textura de gasa, me costaba mucho, incluso haciendo un esfuerzo, relacionar su aspecto arabesco con la humanidad más básica.